

Recuerdos de Francisco Peralto

(In memoriam)

F. Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA

Desde mi salida de Málaga, hace cuarenta y un años, el contacto con Paco Peralto se mantuvo fiel por carta y luego por correo electrónico: fue fijo en Navidad y comentando algún envío suyo de un nuevo libro, siempre con dedicatorias entrañables y coloristas por la variedad de tintas que utilizaba, o informándome de algún encuentro o convocatoria de algún homenaje. Siempre venía acompañado de una postal de creación propia de poesía visual de la que fue asiduo cultivador, artista de categoría y reconocido prestigio.

Con motivo de saber cómo estaba un original que me pidió para una nueva publicación que preparaba sobre la muerte, me respondió su hija Carmen informándome de su muerte (8 de noviembre de 2022). Momentos tristes porque llegaron de golpe lejanos recuerdos de vivencias y reflexiones sobre poesía, cultura y temas de Málaga.

Fue en una exposición de Marinas del pintor Antonio Oblaré donde nos presentaron. Creo que fue en una Sala de arte muy visitada por mí, situada en la calle del Dr. Manuel Pérez Bryan, junto a la Plaza de las Flores. Conectamos inmediatamente en los temas que tratamos y quedamos para vernos con tranquilidad en su casa. Al ser impresor me interesó por relacionarme ya entonces con el mundo del libro.

Cálido y cordial anfitrión en su casa de Jaime Serrano; en la terraza pasamos muchas tardes en diálogo tranquilo hablando de la vida cultural de una Málaga, -entonces pobre en muchos aspectos-, y de proyectos de posibles cosas por hacer, que en la mayoría de los casos quedaron en sueños; otros, sin embargo,

maduraron, se enriquecieron y salieron adelante. Por ejemplo una importante serie de colecciones y libros de poesía.

Algunas veces la terraza fue sede de interesantes encuentros donde conocí a artistas y poetas con los que luego tuve amistad y posteriores encuentros en charlas, lecturas de poemas, presentación de libros, etc. Puedo recordar a M. Fernández Mota (el del Sector de fray Bartolomé de Algeciras), Rafael Alcalá (que afortunadamente se animó a publicar todo lo que tenía dentro), Juan Gaitán (poeta, narrador, crítico literario y creo recordar que vinculado a la revista “Canente”), Pedro Cascales (del primero que todos los años me llegaba su felicitación de Navidad con sus poemas especiales para las fiestas), y otros artistas -casi todos de alguna manera heterodoxos-. Muchos de ellos formaron después de marcharme el “Grupo Málaga”, del que me llegaban noticias.

Siempre a la salida de su casa, Paco me pasaba por el taller de la imprenta; el olor a tinta, ver la Minerva y el Chibalete, siempre me atrajeron porque desde pequeño viví en mi pueblo del Campo de Montiel junto a dos imprentas donde pasaba muchos ratos viendo a los oficiales trajinar en su faena. Luego en el Escorial tuve que colaborar en publicaciones y relacionarme en un claustro bajo con la imprenta del Monasterio y su equipo.

Apoyé a Paco Peralto cuando me consultó que quería crear una colección de temas de Historia legendaria de Málaga que luego cristalizó en la revista “Isla de Arriarán”, que impulsó decididamente Rafael Bejarano. Me publicó libros de poesía y me hizo el honor de inaugurar la colección “Jardín cerrado” en edición especial numerada con un poema a la Creación, soñando un poco con el oratorio de F. J. Haydn, que tantos recuerdos de la Costa del Sol y Navidad me traen por otro asunto.

Nos quedó pendiente tener un encuentro en el “Monte Coronado”, de fuerte atracción para Paco por ser posiblemente -según había leído-, un lugar de retiro para la meditación de fieles nazaries que se apartaban algunas veces desde el arrabal de la Fontanella de los alfareros, extramuros de la ciudad, hoy por la calle Dos Aceras, más o menos.

Los encuentros siempre fueron gratificantes porque la conversación y los puntos de vista eran enriquecedores y relajantes. Las cartas luego quedaron reducidas a comunicar los temas concretos que las motivaban, y algo más extensos los correos, pero les faltaba la viveza y el calor de la conversación directa y los matices que se introducían.

Le admiré por la capacidad de inspiración y fecundidad para crear ese torrente de imágenes con sentido y sugerencias en su poesía visual como prueban sus composiciones, algunas comentadas en esta misma revista¹.

El texto que me pidió para su nueva obra ahora va como homenaje ya que tanto le gustó. La invitación era un poema, texto o poesía visual; le dije que no podía concentrarme en lo que me pedía, pero sí un pequeño texto sobre la muerte. Me dijo que adelante. Afortunadamente rescato del ordenador los últimos correos:

“Querido Paco:

Al menos he cumplido con el ofrecimiento que te hice; otra cosa es que sea “potable” y logre una calificación digna.

No te sientas obligado a nada, ni mucho menos, porque lo puedo dejar en la carpeta o publicarlo en la revista “Nueva Etapa”.

Buenas noches y un abrazo, Javier Campos (30 de julio de 2018)”.

“Estimadísimo Javier:

Preciosa, magnífica, tu narración. Encabezaré el librito con todos los honores. Muchísimas gracias, seguimos trabajando y muy feliz verano.

Un fortísimo abrazo de Paco Peralto (30 de julio de 2018)”.

Querido Paco:

Las gracias a ti por no olvidarme y mantener buena amistad en la distancia; eso es un tesoro que lo guardo vivo en el alma.

Un abrazo y buenas vacaciones, Javier Campos (30 de julio de 2018)”.

* * *

La visita

(Versión actualizada de la ‘Danza de la muerte’)

Cruzó el gran vestíbulo de la sede central de la empresa Yacam Construcciones, S.A., y pasó el bolso por el control de seguridad; cuando ella cruzó el arco sonó la alarma. A pesar de no llevar reloj ni adornos visibles en el cuello ni en los brazos el guardia le pasó el detector de metales y volvió a sonar, pero hizo un gesto de que siguiese.

¹ CAMPOS, F. J., “La poesía de Francisco Peralto”, en *Nueva Etapa* (San Lorenzo del Escorial), 49 (1983) 131-136; IDEM, “Envío a Francisco Peralto Vicario, fpv, en Málaga”, en *Ibid*, 78 (2011) 57-61.

- Ya le he dicho al jefe que este aparato no funciona bien, comentó.

Ella recogió el bolso y fue hasta el mostrador de información:

- Buenos días, vengo a ver al señor Miranda.

- ¿Tiene cita, le preguntó la recepcionista?

- Sí, desde hace tiempo.

- La dirección es la última planta. Nada más salir del ascensor una compañera la atenderá.

Tomó el ascensor con otras personas y sólo ella marcó el último nivel. Hizo una mueca cuando comprobó que era el piso 13 y no habían suprimido el número por un cartel que dijese 'Presidencia'.

Al salir se encontró con un espacio amplio, pintado de blanco levemente manchado, con luz tenue agradable y unas plantas naturales; en las paredes destacaban unos grabados medievales de la 'Danza de la muerte'. Cuando se aproximó a verificar si eran originales, una señorita que trabajaba en la mesa de recepción le preguntó:

- Por favor, ¿qué desea?

- Ver al señor Miranda.

- El señor Presidente -le respondió- no tiene citas esta mañana porque hay Consejo; consultó el ordenador y la agenda que estaba abierta por el día de la fecha y pudo comprobar que estaban en blanco.

La visitante clavó una mirada escrutadora. Los ojos eran negros y brillantes como el azabache en los que no se podía distinguir el iris de la pupila dando una imagen inquietante, y, sin embargo, le dijo con voz dulce:

- Debe de haber un error porque me espera y es muy importante que le vea. Tardaré poco y él llegará al Consejo a su hora.

La secretaria se levantó y se dirigió a la puerta central. Tocó con los nudillos en uno de los cuarterones de la puerta antigua de nogal, abrió y pasó. Cerró tras ella y se aproximó a la mesa de trabajo donde un varón de aspecto agradable y buena figura de gimnasio escribía con pluma sobre unos folios. La mesa estaba muy despejada y el ordenador hacía rato que no se utilizaba porque había saltado el protector de pantalla consistente en imágenes bonitas de paisajes.

- *Perdón, don Diego, hay una señora que desea verle urgentemente.*
- *Señorita Jessica hoy tenemos Consejo y no había concertada ninguna visita.*
- *Eso le he dicho, pero insiste y dice que estaba concertada hace tiempo y usted lo sabía.*
- *¿Cómo se llama?*
- *Parece extranjera por el acento, pero se la entiende muy bien; me ha dicho que Esperanza, pero el apellido es impronunciable. Tiene voz agradable pero la mirada es terrorífica.*
- *Bien, hágala pasar.*

Inmediatamente abrió la puerta, hizo un gesto de llamada y nada más pasar cerró. La mujer se aproximó a la mesa; sin invitarla a sentarse, ni darle la mano, le dijo con tono desagradable:

- *Señora, ya sabe que estoy muy ocupado y no tengo tiempo de atender a nadie -remarcando la última palabra-, ¿qué desea?*
- *Pues mire, vengo porque hace cuarenta y siete años, tres meses y cinco días se fijó esta visita.*

Don Diego puso cara de estupor y con cierto sarcasmo le dijo: -Señora, déjese de bromas; le ha dicho a mi secretaria que era un asunto muy urgente; dígame, por favor.

- *Pues eso, que venía a recordarle que se acerca la hora señalada...*
- *Sigue con tonterías. ¿Cómo se llama, por favor?*
- *Depende del idioma. Digamos que en versión poética me han llamado 'Dama del alba', y tengo tres hermanas...*
- *Y a mí me llamaban en la Facultad 'Jinete del Apocalipsis', porque hice una exposición sobre los grabados de Durero que le gustó mucho a la Profesora de Arte.*
- *Ya veo que le gusta mucho el arte tardomedieval y el Quattrocento. Por cierto, ¿sabe que esta obra que tiene sobre la mesa tuvo un enorme éxito? Incluso si fuera crédulo hubiese imaginado ya a lo que vengo.*
- *Mire, Alejo de Venegas fue un gran humanista, seguidor de Erasmo, y su "Agonía del tránsito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca de ella son provechosos, con las postrimerías", la tengo leída y subrayada.*
- *Ya sé; es un autor que conocemos bien mis hermanas y yo.*

- *Perdone, pero ya le he dedicado bastante tiempo; ha sido un placer. Diga, por favor, a la señorita Jessica que pase. Buenos días.*

La secretaria entró totalmente alterada: -Al marchar esa señora Esperanza -le dijo a don Diego-, me ha dicho que mi corazón está débil, que volverá dentro de poco.

- *Bueno, bueno, usted, aprensiva como siempre, y preocupándose por los comentarios de una desconocida.*

Don Diego guardó los folios que había escrito en la cartera, se ajustó el nudo de la corbata y se puso la chaqueta; apretó un poco la mano en la parte baja del pecho con una leve señal de dolor. Llegó sonriente al salón, saludó en voz alta y comenzó a estrechar las manos de los consejeros; sacó los folios, fue a sentarse... y cayó desplomado.

El vicepresidente salió corriendo a buscar a Jessica y le dijo desenchajado que llamase urgentemente a una ambulancia porque el señor Miranda parecía que había sufrido un infarto. La unidad coronaria llegó enseguida y el doctor certificó la muerte fulminante del presidente.

Todos estaban nerviosos y sobrecogidos, el personal sanitario preparaba el cadáver en una camilla para retirarlo. La secretaria recogió entre sollozos los folios y al guardarlos en la cartera de don Diego se cayó una lámina con este texto:

